



# Sobre el servicio médico en los ejércitos de la Antigüedad

*On the medical service on the Antique Armies*

■ Charles Aubertin(†)\*

■ El arte de matar a los hombres ha progresado en todos tiempos más que el arte de curarlos. No es nuestro ánimo hablar hoy más que de los antiguos. ¿Quién ignora cuánta sagacidad de invención y de aplicación perseverante han desplegado para multiplicar los medios de destruirse mutuamente y para refinar la barbarie guerrera? Sus leyes convertían la vida humana en una lección de esgrima indefinida, e impulsaban el destino de todo ser moral e inteligente a este fin supremo: descubrir el camino más seguro que conduce la punta de una espada o de un dardo al corazón del adversario. Este gran cuidado ocupaba al hombre desde los quince años, y no le abandonaba jamás; se ve entre los más civilizados, personajes ilustres de cabellos grises y en la pendiente de la vida, esforzarse en el campo de Marte con los adolescentes y los novicios para sostener su crédito en la ciudad. Al leer sus historias, en las que naturalmente sus hazañas están puestas de relieve de la manera mas bella, recorriendo esa serie de batallas que durante mil o más años se extienden del Ganges al Elba y acaban por entregar el mundo a la mejor escuela de gladiado-

---

\* El autor (Saint-Dizier, 1825; Dijon, 1908), estimable humanista francés de finales del siglo XIX, estudió secundaria en el colegio Bourbon de París, y Letras en la Escuela Normal Superior de esa ciudad. En 1857 se doctoraría y accedería a una plaza de profesor en la Facultad de Letras de Dijon, siendo nombrado posteriormente rector en Clermont (1872) y Poitiers (1874). En 1864 fue distinguido con la Légion d'honneur. Dejando a un lado sus artículos y otras contribuciones en el ámbito académico, destacamos las siguientes obras: *L'esprit public au XVIIIème siècle*, *Origines de la langue et de la poésie française e Histoire de la langue et de la littérature française au moyen-âge*. El presente artículo se publicó en la *Revue des Médecins des Armées* (1865) y se reprodujo, traducido del francés, en *Revista de Sanidad Militar y General de Ciencias Médicas*. Madrid; 1866, T. III, págs. 54-60, 82-88, 145-152 y 184-190. Este trabajo tiene interés recuperarlo del olvido porque toca un tema al que apenas se le ha prestado atención y que, por lo tanto, tampoco se ha abordado en los tratados generales de Historia de la Medicina, ni en la literatura especializada. Además nos muestra de una manera muy práctica cómo a partir de pequeñas piezas de información, tomadas de diferentes fuentes, se va iluminando un pequeño rincón de la historia; no se olvide que esta vieja palabra griega no significa otra cosa que "investigación" o "búsqueda". Aunque no siempre se ha obtenido el resultado deseado, se ha puesto el mejor empeño en completar y actualizar las citas para que el lector interesado pueda acceder con más facilidad a las fuentes originales. La traducción al español que recogemos aquí, de autor desconocido, es la aparecida en 1866 que, con alguna inevitable corrección (sobre todo ortográfica), se reproduce en su integridad.

res, me he admirado algunas veces de que a los que nos cuentan estos hechos de armas con un estilo tan elegante, no se les haya ocurrido jamás la idea de intercalar en la enumeración, un poco monótona, de los golpes dados y recibidos, ciertos detalles, ingratos pero instructivos; y decirnos, por ejemplo, cómo se conservaban esos florecientes ejércitos y reparaban sus pérdidas, qué era de los soldados que caían bajo el hierro o la fatiga, y qué solicitud provocaba en altas regiones esa masa flotante de heridos y enfermos, inevitable retaguardia de los movimientos más triunfantes. Aquí hay uno de esos olvidos o supuestos que la historia antigua se permitía en demasía, y que chasquean a cada paso la viva curiosidad del lector moderno. Nuestros historiadores contemporáneos se guardan muy bien de olvidar esas pretendidas inutilidades; esa especie de escoria del relato, que contiene en sí la lección y la moralidad. El Tito Livio del *Consulado* y del *Imperio*, mostrado por el gran pintor de batallas, M. A. Thiers\*, no deja jamás de resumir un hecho de armas con el parte de las ambulancias\*\*, y su inexorable pero extraordinaria exactitud, no nos perdona siquiera un hospital. Los antiguos no tenían semejantes escrúpulos, y en las relaciones de sus victorias no daban cuenta alguna de sus consecuencias. Todo entre ellos era cuestión de desfiles y paradas; todo ruido y esplendor, donde el heroísmo se engalana, donde la naturaleza entera aparece como en un teatro; pero los acontecimientos difíciles, los pequeños resortes de estas grandes cosas, la cruel deformidad de la gloria, la parte baja y paciente del hombre y sus obras, todo esto ha sido suprimido.

¿Qué consecuencia debemos sacar de este silencio? ¿Acusa tal vez la insensibilidad de las costumbres públicas y la incuria de los generales? ¿O bien es menester no ver en él más que una delicadeza del escritor, uno de esos eclipses de imaginación tan comunes en los antiguos, cuyo gusto se espantaba con las cosas lúgubres y ocultaba el horror de ellas por medio del pudor de la exposición? ¿Es un vacío en el relato, o falta de realidad?

Generalmente el desdén en la historia supone el disfavor de la opinión. Si hoy día las tristezas de la guerra ocupan un lugar en la narración al lado de las cosas brillantes y dramáticas, es porque en ninguna época ha sido más vivo el sentimiento de estas miserias, ni el cuidado de atenuarlas más eficaz. La emoción popular se une para ello a la solicitud de los gobiernos. Tal es, en efecto, la honrosa contradicción de este siglo belicoso y filántropo; ingenioso para hacer estremecer con la perfección de las máquinas destructoras, su humanidad crece en razón de su potencia homicida. Se diría que quiere la absolución de sus sabias atrocidades, y que el arrepentimiento le da ternura de alma. Jamás ha habido en los laboratorios de la muerte una conspiración más ardiente contra la carne y la sangre del hombre, y jamás la carne y la sangre del hombre han sido más sagradas para el poder que dispone de ellas. Jamás a la cabecera del sufrimiento y de la agonía de las víctimas ha prodigado el arte más generosamente su poder

---

\* Nota de la Redacción (N. de la R.). Véase nota bibliográfica nº 48.

\*\* N. de la R. Recuerde el lector que tradicionalmente con el término "ambulancia" se ha denotado el hospital destinado a seguir los movimientos de las tropas, a fin de prestar los primeros auxilios a los combatientes heridos.

saludable y la caridad sus consuelos. La guerra tiene el corazón menos duro a medida que sus golpes son más terribles; querría curar con una mano las heridas que hace con la otra. Nuestras campañas de Crimea y de Italia han dado recientemente el consolador espectáculo de una lucha emprendida entre estas dos tendencias. Se ha visto a la ciencia médica rivalizar en iniciativa con el genio de las combinaciones mortíferas, oponer progreso a progreso, circunscribir los desastres de la artillería moderna, cuya sola idea conmueve en sus fibras más íntimas a la filantropía, reducir y suprimir casi el dolor, y por hábiles innovaciones disminuir el sufrimiento y las consecuencias de los accidentes más irreparables<sup>1</sup>. Puesto que en los antiguos, al contrario, la historia aparece sin piedad y sin voz sobre este doloroso asunto, puesto que omita el decirnos qué manos recogían a los vencidos en este sangriento trabajo, ¿debemos inferir de aquí que los dejaban abandonados? “El pueblo romano, dice en alguna parte Voltaire, vivió cerca de quinientos años sin médicos. ¿Qué hacía uno, pues, en Roma cuando tenía fiebre o una afección de pecho? Se moría”<sup>2</sup>. ¿Respondemos a esta pregunta lo que Voltaire, o admitimos que la organización militar de los antiguos comprendía los elementos de un servicio médico bastante semejante al nuestro?

Esto es colocarnos, lo sabemos, en un terreno que va a parar a la cátedra; pero esperamos que esta excursión pasajera, intentada a las fronteras extremas de la literatura y en las cercanías de una especialidad, no se considerará como una irrupción; porque nuestra incompetencia se ha provisto de excelentes guías que el más severo Areópago médico no podría recusar.

Investigar si ha habido médicos en los ejércitos antiguos, es una curiosidad que, en Francia al menos, no parece haber intentado nadie. Este pequeño rincón de erudición no ha sido abordado por ninguno de esos atrevidos exploradores que entre nosotros, sobre todo desde hace cincuenta años, han removido en todos sentidos, y a veces tan felizmente, el campo de la antigüedad. El historiador Philippe Leveau en sus memorias tan completas sobre la legión romana, hace una mención muy ligera del legionario. Y Louis Charles Dezobry, que en su obra *Roma en el siglo de Augusto* ha escrito un capítulo muy desabrido sobre los médicos romanos, se limita, acerca de los médicos militares, a una sola palabra que toma de Leveau. Las tesis de la Sorbona, tan ricas en toda clase de noticias, han omitido esta como demasiado especial, y por otra parte nos parece que las obras de literatura puramente médica la han olvidado como imperceptible. Pero en el extranjero la atención ha sido más excitada o menos desdeñosa. Sichel ha tenido la bondad de poner en nuestras manos una corta disertación inglesa del año de 1851 con este título: *¿Los ejércitos romanos estaban provistos de oficiales de sanidad?* (“Was the Roman army provided by any medical officers?”), la cual está escrita por Simpson, presidente del Real Colegio de Medicina de Edimburgo.

La *Gazette médicale de Paris* ha publicado una excelente traducción de ella en los números 12, 16 y 18 de 1857<sup>3</sup>. En su estudio, Simpson, empieza por demostrar el silencio de los eruditos sobre esta cuestión. Después emite sus opiniones personales, resultado de investigaciones que no dejan de tener importancia. Sin

embargo, el sabio profesor al parecer no había sospechado que tenía un predecesor; éste es el alemán K. G. Kühn. Al menos, al enumerar los aficionados a antigüedades, los arqueólogos que por su gusto o por la inclinación natural de sus estudios habrían podido tratar este asunto, no menta el nombre de Kühn ni hace de él la menor cita. Ahora bien, Kühn, profesor de patología y vicescanciller de la universidad de Leipzig, ha publicado con el título: *De la condición de los Médicos militares entre los Griegos y Romanos de la antigüedad* (“De medicinae militaris apud veteres Graecos Romanosque conditione”), una colección de disertaciones latinas, cortas y difusas a la vez, cada una de las cuales ha sido leída en sesión pública para servir de prólogo a la recepción de candidatos a la doble licenciatura médica<sup>4</sup>. La existencia de estos opúsculos, que remonta a 1824 y 1827, se le ha escapado a Simpson, y de hecho son imposibles de encontrar. Si hemos podido descubrirlos, no es ni en la Biblioteca Imperial, ni en la de la escuela de Medicina donde nos los han proporcionado: los debemos al saber y a la bondad de Ch. Daremberg. He aquí sobre qué fundamento y con cuáles recursos hemos trabajado. Pero como en materia de erudición no hay investigador, por modesto y poco hábil que sea, que no obtenga algún hallazgo, y que pueda interpretar de otra manera los textos ya citados y desarrollar ideas ya emitidas, se nos permitirá que digamos no habernos bastado el coordinar y completar uno con otro los trabajos de estos dos sabios extranjeros.

El asunto se divide por sí mismo. Se pueden distinguir en él cuatro períodos: en los griegos, el período heroico y la edad histórica; en los romanos, la época republicana y la imperial. Al final del escrito también dedicaremos algunos comentarios a los ayudantes de los médicos de las legiones romanas.

## 1. Médicos militares de la edad heroica griega

¿Se creará, por más robustos que fuesen los de los tiempos heroicos, que mil o mil quinientos años antes de Jesucristo la Medicina estaba constituida de una manera regular, teniendo su tradición, su *Credo*, su disciplina, sus especialidades, un cuerpo de médicos militares dirigidos y pagados por el Estado; en fin, una verdadera facultad? Apresurémonos a decir que esta precocidad administrativa ha florecido, no en la Grecia de Homero, sino en el Egipto de los Faraones, sobre ese suelo que tan pronto ha madurado y exportado la civilización. “Cuando los egipcios van a la guerra, dice un historiador, son curados gratuitamente; porque los médicos reciben un sueldo del Estado. La Medicina se halla tan sabiamente distribuida en este país que un médico no tiene a su cargo más que una sola clase de enfermos y no varias: todo allí está lleno de médicos. Los unos para los ojos; los otros para la cabeza; estos para los dientes; aquellos para las enfermedades internas”<sup>5</sup>. Lo que sigue es de un carácter no menos antiguo. “Los médicos militares ejercen su arte conforme a una ley escrita, cuyos artículos han sido combinados, mucho tiempo hace, por una porción de prácticos ilustres. Si no aciertan siguiendo las prescripciones del texto sagrado, su responsabilidad queda a cubierto, y no se hacen acreedores a ningún castigo;

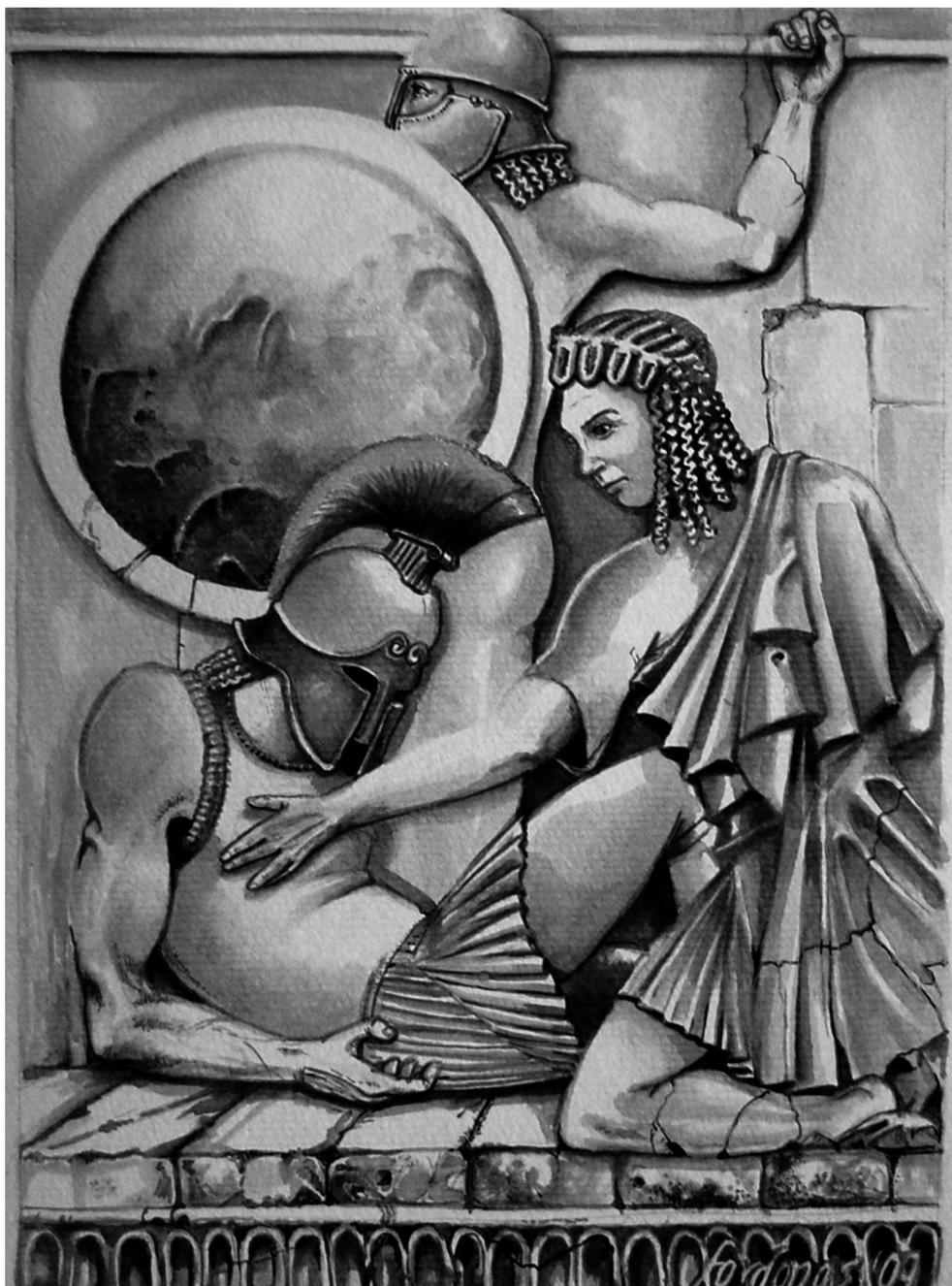


Figura 1. Hoplita yacente (acuarela de Fernando Ordóñez).

pero si se separan de estas reglas incurren en la pena capital: porque el legislador ha creído que una enseñanza que se apoya en la experiencia y en la autoridad de los maestros es muy difícil de sobrepujar en genio y prudencia”<sup>6</sup>.

He aquí una cosa clara: había desde entonces una enseñanza tradicional, oficial, sagrada, como dice el texto; y desde los tiempos de Moisés y del faraón Sesostris, eran libres en la práctica, cualquiera que fuera el resultado adverso o favorable con tal de no salirse fuera de las reglas. Después de todo, esta prohibición de innovar, aplicada a las operaciones necesarias en las guerras, no carece de prudencia. Se comprende bien que en la precipitación e imprevisión con que hay que obrar en el campo de batalla, no es donde un médico puede entregarse a ideas inciertas y fantásticas. Para M. Baudens: “El soldado no debe servir jamás para experimentar, y el Consejo de Sanidad del Ejército ha tenido mucha razón al prohibir a los cirujanos militares emplear tratamientos y ejecutar operaciones que no haya sancionado la experiencia”<sup>7</sup>. Este autor expresa aquí una opinión completamente egipcia.

En Grecia la Medicina militar no había llegado a tal punto, sin embargo, había cirujanos en el sitio de Troya. Aquiles, Patroclo y sobre todo Podaliro y Macaón son alabados por Homero como *excelentes curadores*. Conservaban este secreto de Esculapio y de Quirón, quienes lo habían recibido a su vez, según el lexicógrafo griego Suidas, del egipcio Apis. A propósito del centauro Quirón, M. P. Menière, en sus espirituales estudios sobre los poetas latinos, pretende que era el emblema del médico de pueblo, a caballo noche y día para asistir sus enfermos: he aquí una interpretación alegórica que un erudito puro no habría encontrado jamás<sup>8</sup>. Simpson y Malgaigne han dicho que Podaliro y Macaón operaban ya por principios: hacían la succión de las heridas, las lavaban con agua tibia y detenían la sangre aplicando una raíz amarga<sup>9</sup>.

En cambio Kühn hace observar que si eran hábiles en cirugía, sabían poco de medicina, porque no sirvieron gran cosa al ejército en lo que concierne a la higiene y al tratamiento de las enfermedades internas. El ejército griego, acampado por espacio de diez años sobre un promontorio, sin abrigo y sin víveres, y diezmado por la peste, estaba en una situación bastante semejante a la de nuestras tropas en Gallípoli y en Sebastopol; el tiempo cambia las costumbres y las armas, pero no cambia el sufrimiento; este es el fundamento eterno, el invariable programa de la guerra. Veamos en que términos tan vivos como sentidos, el poeta Esquilo, que había sido soldado, ha expresado los males diarios sufridos en el servicio: “Henos aquí al fin alojados ahora en las casas de los troyanos, habiendo acabado para nosotros el rocío y la escarcha. Porque nuestros lechos estaban al pié de las murallas enemigas, bajo el estrellado cielo, y la humedad de la atmósfera y la de la tierra que cubre las praderas nos penetraba, empapaba nuestros vestidos y nos hacía erizar los cabellos. En el invierno hacía un frío capaz de matar a los pájaros; las nieves del Ida nos helaban. En el estío, qué calor tan sofocante cuando la mar reflejando el sol de mediodía estaba mansa en la orilla y no se movía una ola por la calma del viento”<sup>10</sup>. Hay críticos que, impacientes por ver en los médicos de la Iliada los antepasados de nuestros cirujanos mayores, han sostenido que Podaliro y Macaón estaban sin armas en el

campo de batalla, enteramente entregados a sus funciones. Han leído mal a Homero, que los coloca en supuesto a la cabeza de sus tropas como los otros reyes; solamente que cuando un jefe había sido herido gravemente, se le enviaba a buscar por medio de un heraldo y se le separaba de la acción. Lo que es cierto, como lo hace notar Diodoro, es que gozaban de ciertas ventajas; se les dispensaba del servicio mecánico y de las grandes guardias, teniéndolos al abrigo del peligro. En un combate, Macaón es herido, los griegos tiemblan al saberlo, e Idomeneo dirigiéndose a Néstor le dice: “apresúrate a retirar a Macaón de entre los guerreros, y llévalo en tu carro a los buques; porque un médico vale él solo por mil combatientes”<sup>11</sup>.

He aquí los dos pasajes de la Iliada en los que Homero describe una operación quirúrgica: *a)* “Habiendo hablado así, Macaón atravesó el ejército con el heraldo, y cuando llegaron al sitio en que el rubio Menelao había sido herido, encontraron a los jefes más valientes alrededor y él en medio semejante a un inmortal. Al momento Macaón extrae la flecha introducida en el tahalí; y al sacarla separa las agudas puntas y las hace salir. Quita el tahalí y el cinturón forrado de tiras de bronce, y así que descubrió la herida que había hecho la punta de la flecha, chupa la sangre y con su experta mano vierte en ella los bálsamos calmantes, que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad” (IV, 210). Y *b)* “Patroclo habiendo puesto sobre sus espaldas al rey herido, le condujo a su tienda. Al verlos el servidor extendió pieles de buey. Patroclo habiendo acostado a Eurípilo sobre estas pieles, extrajo del muslo, agrandando la herida, la flecha acerada y dolorosa, lavó con agua tibia la sangre negra que corría, y le colocó una raíz amarga desmenuzada entre sus manos, con la que calmó enteramente el dolor. Entonces cerrando la herida, detuvo la sangre” (XI, 841).

Pero estos reyes médicos no servían más que a los reyes. “Los pueblos”, como los llama Homero, se cuidaban ellos mismos; cuando un guerrero era herido rogaba al que estaba a su lado que le sacase la flecha, como hizo Piomedes en plena batalla invocando a Stelenus; después continuaba batiéndose, si la herida era ligera; y cuando le abandonaban las fuerzas, se marchaba a su tienda y según el caso curaba o moría: porque es necesario no perder de vista la frase de Voltaire.

Así pues, hemos encontrado en Egipto un servicio de Sanidad militar retribuido por el Estado, y entre los griegos, operadores ya experimentados que recibían su sueldo en honores y consideración, según las palabras de la Biblia: “La ciencia del médico le hará llevar la cabeza erguida, él será alabado en presencia de los grandes, y recibirá presentes del rey”. Tal es el resumen del primer período.

## 2. Médicos de los ejércitos griegos. Época histórica

Los ejércitos de Maratón, Platea, Nicópolis y Arbela; las falanges de Agesilao y Lisandro; las bandas mercenarias de los Diez mil, ¿tenían médicos? Certísimo. ¿Quién elegía este personal médico? ¿Quién lo retribuía? ¿Estaba en proporción con el elemento militar? Esto es lo que trataremos de explicar.

Primeramente probemos que había médicos. Jenofonte, describiendo el orden de batalla de un ejército lacedemonio, dice que detrás de la tropa mandada por el Rey se colocaban servicios diversos “los arúspices, los médicos, los músicos, los oficiales superiores y los voluntarios”. Esto es lo que llamaríamos hoy la *grande aumônerie*\*, el cuerpo médico, la música, el estado mayor y los curiosos de todas partes que siguen y a veces molestan al cuartel general. Ahora bien, si los duros e incultos espartanos estaban provistos de médicos, no será una temeridad suponer que los demás griegos los tenían también. Igualmente los tenían los persas en los tiempos de Ciro el grande, si Jenofonte dice verdad. En una guerra contra los asirios, le traen prisioneros heridos. “Al verlos manda desatar sus ligaduras y envía médicos para curarlos”<sup>12</sup>.

Estos médicos ¿eran numerosos en cada ejército? Pero ante todo, ¿qué era un ejército griego? Una fuerza de diez o doce mil hombres por término medio. Demóstenes, en uno de esos discursos en que discute el presupuesto de la guerra con la precisión de un ministro inglés o francés, propone enviar contra Filipo II mil hombres de a pie y quinientos caballos. ¡Henos aquí bien lejos de las evaluaciones y de los números redondos tan fácilmente abultados en boca de los zurcidores de anales! El cuerpo expedicionario de Siria nos representa bastante bien lo que en la antigüedad se llamaba un ejército. Pues bien, Jenofonte hablando del servicio médico dice constantemente “médicos” en plural, y hasta da a entender que formaban un cuerpo, una compañía: de donde puede deducirse que los había en número suficiente y proporcionado al de las tropas.

Para comprender mejor lo que pasaba en los ejércitos, veamos lo que sucedía en la sociedad civil. En ella todo médico era al mismo tiempo cirujano y farmacéutico; tenía su botica; en vez de ir a ver a los enfermos, éstos venían a su casa.

En una comedia griega traducida por Plauto\*\*, un médico hace transportar a su casa a un enajenado y le administra el eléboro durante veinte días. Esto es más que un gabinete de consultas; es como una casa de salud, un pequeño hospital<sup>13</sup>. El detalle de las curas y operaciones necesitaba el empleo de numerosos esclavos; los menos diestros servían de enfermeros, los otros de ayudantes. Según dice M. Malgaigne: “Estos últimos asistían a los esclavos, y formaban un orden secundario de prácticos comparable con los barberos practicantes del antiguo régimen y los cirujanos sangradores de hoy”. Transportemos estos usos a los campamentos, y podremos fácilmente figurarnos el servicio médico de los ejércitos. Cada médico llegaba allí con su material y su personal; rodeado de sus esclavos, enfermeros y ayudantes, constituía él solo y con sus propios recursos una ambulancia.

\* N. de la R. El autor utiliza este término –sinónimo de monacato– en el texto original con el fin de hacer referencia al grupo de personas que, sin correr grandes riesgos, aprovechan las ventajas que les puede proporcionar la institución castrense.

\*\* N. de la R. La comedia a que se refiere es *Los menechmos* (*Los gemelos*). El autor extrae el dato de P. Ménière (nota bibliográfica nº 8).

He aquí otro texto más explícito sobre este punto\*. En la retirada de los Diez mil, después de un sangriento combate que tuvo lugar en las alturas que dominaban el camino, los griegos “se detuvieron tres días en los pueblos cercanos para curar sus heridos, que eran numerosos, y destinaron a este servicio ocho médicos”<sup>14</sup>. Esta es ya una cifra respetable, tanto más cuanto que, según el mismo texto, está uno autorizado para creer que estos ocho prácticos no eran más que una sección del cuerpo entero de médicos afecto al ejército. La célebre tropa de los Diez mil contaba en filas, antes de la jornada de Cunaxa, 12.900 hombres de todas las armas; al fin de la retirada quedó reducido a 9.800<sup>15</sup>. Nuestra división expedicionaria de Siria era de 6.000 hombres; el personal médico se componía: de un Médico principal de 2ª clase, dos Médicos mayores de 1ª clase, dos Médicos mayores de 2ª, dos Ayudantes mayores de 1ª clase, un Farmacéutico mayor, un Farmacéutico Ayudante mayor provisional; total nueve personas<sup>16</sup>.

¿Cómo se reclutaban los médicos? Notemos que la materia del reclutamiento no faltaba, porque puede uno asegurarse por las historias cuánto prosperaba el arte médico entre los griegos, antes y después de Hipócrates<sup>17</sup>. Malgaigne dice que el general escogía los médicos. Es muy probable que enrolase el mayor número posible, y eligiese también los más hábiles. Esto está conforme con las costumbres griegas, que permitían mucha iniciativa a los funcionarios públicos y dejaban a su cargo también muchos cuidados. Un general no recibía del gobierno que le había elegido un ejército equipado y provisto como los nuestros; entre nosotros el ejército espera a su jefe; entre ellos el jefe esperaba a su ejército; y si no tenía que crearlo enteramente, al menos tenía necesidad de reforzarlo, disciplinarlo y atraer a él con su crédito y sus relaciones personales los reclutas, los oficiales y vivificar la materia inerte e inorgánica que el voto popular acababa de confiarle. Montaba su expedición casi como el poeta dramático hace para poner en escena una pieza, formando sus actores y su orquesta. La elección, o más bien los premios y las seducciones del general, pueden ser considerados como una de las formas del reclutamiento médico en los ejércitos griegos.

No era esto sólo: algunas veces la asamblea misma nombraba el médico, que debía ser entonces una especie de médico principal. Kühn cita con este motivo un pasaje curioso de un discurso de Thessalo, hijo de Hipócrates, a los atenienses. En él se dice “que la víspera de la expedición de Sicilia, la asamblea deliberaba sobre la elección de un médico, cuando Hipócrates se levantó y propuso enviar a su hijo Thessalo, rehusando todo honorario y encargándose de sostenerlo durante toda la campaña”.

Un pasaje de la *Ciropeya* de Jenofonte hace alusión a esta doble manera de reclutar: el sufragio popular y la elección por parte de los jefes del ejército. “He

---

\* N. de la R. La obra en cuestión es la *Anábasis* o *Expedición de los diez mil*, el texto más famoso de Jenofonte, un ateniense discípulo de Sócrates. Narra la epopeya de los mercenarios griegos al servicio de Ciro el Joven que tras su muerte se negaron a someterse a su hermano Artajerjes, rey de Persia, y se retiraron de sus territorios.

oído decir y he visto, dice Ciro, que las ciudades que se interesan por la salud pública escogen los médicos, y que los generales los llevan consigo para asistir a los soldados”<sup>18</sup>. Un tercer medio, muy a propósito para facilitar los otros dos, era el alistamiento voluntario. Para el médico había un doble provecho en practicar en el ejército; adquiriría en él instrucción y popularidad. “El que quiera hacerse buen operador debe alistarse y practicar en los ejércitos; así es como llegará a ser muy diestro en esta rama del arte”<sup>19</sup>. Ir a la guerra cuando duraba poco y se hacía cerca, acompañar al ejército cuando se componía de gentes de la misma ciudad, no era abandonar su clientela, era seguirla, y los que no la tenían, encontraban así un excelente medio de hacerse con ella. En fin, existía una clase particular de operadores a quienes sus hábitos predisponían a alistarse; se los llamaba *periodeutas* o médicos nómadas. Estos *periodeutas* recorrían las ciudades y frecuentaban la corte de los príncipes, bien para perfeccionarse, bien para ejercer la medicina a precio de oro. Se comprende bien que las ofertas de los generales debían tener fácil aceptación por parte de esta clase de prácticos y a ellos sin duda era a quienes se dirigían con preferencia los jefes de *condottiere*.

Ahora bien, ¿cuáles eran los honorarios correspondientes a este servicio? Sobre este punto faltan noticias positivas. ¿Recibían un sueldo y era este mayor que el de las tropas? ¿Encontraban la indemnización que merecían en las gratificaciones de los oficiales o en la liberalidad del general? No podía ser de otra manera. Herodoto nos refiere que el médico griego Democedes, cuando abandonó la corte de Darío, recibió de la república de Egina un talento de sueldo anual. Atenas se lo quitó a sus vecinos ofreciéndole cien minas, y Policrato de Samos se lo quitó a Atenas por el incentivo de un doble talento<sup>20</sup>. Suponiendo el hecho poco seguro y exageradas las cifras, se desprende, al menos de aquí, que era un uso establecido el atraer a los médicos célebres por medio de honorarios considerables, y se podría admitir que, en ciertos casos, se hayan asignado a los médicos militares sueldos públicos en relación con su mérito.

Además de los médicos que se ocupaban del soldado, había otros destinados especialmente para los jefes, y sobre todo cuando se trataba de un rey. Empezaban por la domesticidad y se elevaban casi siempre al favor y la intimidad. Hablando con propiedad estos no eran médicos militares, como tampoco lo eran los médicos de cámara del Emperador que han hecho la campaña de Italia. En la citada expedición de los Diez mil figura un médico griego al servicio de Artagerges. Éste era Ctesias, el mismo que fue más tarde diplomático e historiador. Después de haber salido de la escuela de Gnido, había marchado a Persia para probar fortuna, como hacían los médicos de Egipto, como había hecho Democedes, como hace hoy más de un artista, que deja París por ir a San Petersburgo. Había Ctesias logrado crearse allí una magnífica posición. Por confesión de Artagerges, su título era: “Médico del gran Rey, de su madre, de su mujer y de sus hijos”; él fue quien curó a este príncipe herido por Ciro en Cunaxa.

El rey Agesilao tenía también sus médicos particulares. “Estando un día en Megara, como subiese del templo de Venus al palacio del Senado, sintió rom-

pérsele una vena interiormente y afluir toda la sangre a las piernas, sin que hubiese sentido jamás en esta parte del cuerpo dolor alguno, y se le hincharon desmesuradamente con atroces sufrimientos. Un médico de Siracusa, que le acompañaba, le sangró por encima del tobillo; la sangre corrió noche y día sin que se pudiera detener, y la hemorragia no cesó sino cuando el enfermo perdió el conocimiento. A consecuencia de este accidente, Agesilao estuvo en cama durante un año entero<sup>21</sup>. La historia del médico de Alejandro, Filipo de Acarnania, es bien conocida. Quinto Curcio menciona otro práctico, Critóbulo, que fue encargado de extraer la flecha barbulada con que el Rey había sido herido en la ciudad de Oxydraques. Esta operación ha sido descrita por Quinto Curcio con una precisión completamente quirúrgica<sup>22</sup>.

¿Qué era de los heridos en los rápidos movimientos de los ejércitos? En país amigo los más graves se confiaban a los ciudadanos o a los aliados; cuando era preciso llevárselos, el transporte se verificaba en litera o en brazos de soldados hábiles. Esto es lo que al menos resulta de un pasaje en que Jenofonte dice que entre los Diez mil había muchos impedidos, “unos a consecuencia de las heridas, otros en fin porque llevaban las armas de los que conducían a los heridos”<sup>23</sup>. Es necesario decir que los griegos, perseguidos de cerca, habían quemado los bagajes y carruajes para estar más expeditos; porque me parece difícil admitir que en tiempo ordinario no se hayan utilizado para el transporte de heridos los carros que conducían el bagaje y que podían servir en vez de nuestras actuales artolas y carruajes. Nadie duda tampoco que no se sacase algún provecho de esa bandada de criados y vivanderas, que caía sobre los ejércitos en movimiento para servirlos, alimentarlos y robarlos.

En nuestras guerras modernas, que se hacen lejos y con grandes masas humanas, la curación de las heridas no es más que la mitad de los servicios que los ejércitos esperan de sus médicos; porque sabido es que pierden más hombres por enfermedades que por el fuego enemigo. Así pues, lo que se llama higiene y profilaxis entra de lleno en los deberes del cuerpo médico. Ciertas opiniones emitidas por Jenofonte, el hombre de su tiempo que tenía más nociones sobre toda clase de asuntos, nos demuestran que entre los griegos empezaban a ocuparse no solo en curar los enfermos, sino en conservar la salud a los que estaban sanos. El héroe de la *Ciropedia* tiene una fisonomía enteramente moderna. No es ya el general de los tiempos heroicos, jefe atrevido de banda, cuyo todo su mérito consistía en caer el primero sobre el enemigo o burlarlo con atrevidos engaños; ahora es táctico e intendente; cuida de las subsistencias y de los almacenes; distingue los campamentos salubres de los que no lo son; asegura con especial cuidado el servicio médico; tiene por máxima que es bueno proveerse de médicos, pero que es aún mejor prevenir las enfermedades. Obtener la obediencia pasiva no le basta, él se precia de autoridad moral; toma precauciones contra la ociosidad de las tropas y contra las malas pasiones que se introducen en los campamentos, efecto de la despreocupación; razona como el mismo Baudens sobre la necesidad de tener al soldado ocupado continuamente, de divertirlo y de distraerlo; va más allá, es humano y compasivo como nuestros generales de Crimea e Italia; el espectáculo de las desgracias de la guerra le enternece; se

cuida de los heridos de los enemigos; no descansa, como Thiers cuenta de Napoleón, sino cuando ha visitado las ambulancias, o si no ha podido hacerlo por sí mismo, ha enviado inspectores<sup>24</sup>. Éstas son todas virtudes anticipadas de nuestros tiempos; pero de los griegos a nosotros el progreso está en que, lo que soñaba un alma bella transfigurada por la filosofía, lo practica el último de nuestros soldados; el ideal novelesco del noble discípulo de Sócrates ha llegado a ser la realidad.

### 3. Medicina militar de los romanos bajo la República

En los ejércitos griegos existían los principales elementos del servicio médico; en los romanos la organización era más completa aún, sobre todo durante el Imperio. Entre tanto, vamos a volver a caer de lleno en la edad heroica (griega).

Por espacio de seiscientos años, no teniendo Roma médicos no pudo darlos al ejército. Cada padre de familia, siguiendo el ejemplo del viejo Catón, tenía un manual médico-quirúrgico para usarlo en sus hijos y en sus esclavos, y lo aplicaba por su propia mano. El clima de Italia hacia lo demás. El soldado herido se curaba él mismo como un héroe de Homero, y si no podía hacerlo, recurría a sus compañeros. Los más pobres y más gravemente heridos, sobre todo después de una acción sangrienta, se repartían entre las casas ricas y eran asistidos con entusiasmo por la nobleza de Roma, como lo fueron nuestros soldados de Magenta y Solferino<sup>25</sup>. Es probable que, aun antes de la llegada de médicos extranjeros, tuvieran nociones y métodos de Etruria y de la Gran Grecia, países mas adelantados, y de los cuales se aprovechó la avidez romana.

Simpson es del parecer que espontáneamente se formó en las legiones una especie de cuerpo médico, compuesto de voluntarios, es decir, "que el tratamiento de los enfermos y heridos estaba confiado a los cuidados de algunos camaradas, que una afición particular los disponía a practicar la cirugía". Esta conjetura nos parece muy plausible, y la confirma un hecho reciente. En Crimea, habiendo diezmando el tifus los médicos, se temió que el servicio médico pudiera interrumpirse. Este peligro se previno creando un personal inferior, compuesto de los soldados convalecientes más inteligentes. Hábilmente dirigidos, demostraron la mayor parte un celo y una aptitud digna de los mayores elogios<sup>26</sup>. No me cuesta trabajo creer que existía algo análogo en las legiones del tiempo de la república, y que el cuerpo médico se componía de soldados que tenían la vocación de la abnegación.

El año 535 de Roma se le ocurrió a un peloponesiano que una población de doscientos mil soldados sería un lugar que podría elegirse muy bien para fundar una escuela de cirugía. Este operador, llamado Archagatas, fue acogido como un bienhechor público; se le concedió derecho de ciudadanía, se le compró por cuenta del tesoro, con la munificencia de aquellos tiempos, un establecimiento cerca del teatro de Marcelo y del mercado de las legumbres. Se dedicó a la curación de las heridas, llamándosele por esto médico vulnerario, *medicus vulnerarius*; pero como los remedios eran enérgicos, se le añadió a este nombre

el de verdugo, *carnifex*. Evidentemente Archagatas tuvo discípulos e imitadores. El arte médico, transplantado a Roma, echó raíces y se propagó allí. Las gentes acomodadas blasonaron de tener un esclavo médico, como de tener un esclavo poeta. Estos esclavos, una vez libres, trabajaban para el público y se establecieron al lado de los barberos y de los esquiladores.

La afinidad entre la navaja y el cuchillo se manifestó; Plauto nos demuestra que las boticas de los médicos y farmacéuticos no formaban sino un grupo con los almacenes de los perfumistas, barberos y carniceros. Ya se trataba entre ellos del precio de la visita, que no era menos de ocho reales. Ya corría también en Roma un juego de palabras intraducible, *quí medicus et mendicus*<sup>27</sup>. ¿Deberá inferirse de esta rápida instalación del arte médico en Roma, que hacia el fin de la república seguían médicos a los ejércitos? Nada nos autoriza a ello. Puede ser que los generales y algunos oficiales, fuesen acompañados de médicos griegos, esclavos o libres, como lo prueba el ejemplo del cónsul Pansa, que fue asistido y dicese que envenenado por el médico Glycon; pero estos prácticos no asistían a los soldados. César dice que después de la ruda batalla en que venció a los helvecios, el cuidado de los heridos y de los muertos obligó al ejército a detenerse tres días, pero en ningún lugar habla de médicos<sup>28</sup>. El autor de la *Guerra de África* refiere que "Labienus, después del combate de Ruspina, hizo transportar a Andrimeta en carros sus numerosos heridos"<sup>29</sup>; lo que parece indicar una innovación. A esto se limitan las noticias que nos proporciona el período republicano.

#### 4. Médicos militares bajo el Imperio romano

Si hemos de creer a Plinio, no había en Roma, en tiempo de los emperadores, profesión más lucrativa ni más deseada que la de médico. Cita un cierto Cassius que recibía de Augusto 250.000 sestercios de sueldo anual; un tal Stertinius que, antes de entrar al servicio de la familia imperial, probó por medio de sus libros que los enfermos que tenía en la población le producían, un año con otro, 600.000 sestercios y, por consiguiente, creyó ponerse en razón limitándose a pedir 500.000 sestercios a sus nuevos clientes. El médico Charmis, llamado a una población, exigió por esta sola visita *extramuros* 200.000 sestercios. Un cirujano llamado Alcon, fue multado en tiempo de Claudio en 10 millones de sestercios y volvió a reunir esta suma en muy pocos años. Un epigrama de Marcial nos representa a un tal Symmaco, visitando sus enfermos seguido de una multitud de discípulos, que semejava una escuela entera de medicina<sup>30</sup>. Cuando Roma estaba tan llena de médicos, no es de admirar que las legiones se hayan resentido de esta afluencia.

¿En qué época fueron instituidos los médicos militares? Esta fecha es seguramente imposible de fijar, pero la existencia de la institución es indudable. El hecho ha debido tener lugar en los principios del Imperio, cuando la organización y el bienestar de las legiones llegaron a ser un negocio de Estado. Se sabe el favor demostrado por Julio César y por Augusto para con los médicos; el primero los hizo ciudadanos, el segundo los exceptuó para siempre de los impues-

tos<sup>31</sup>. Cuando los ejércitos se establecieron fijamente en campos atrincherados y las colonias de artistas y mercaderes (ciudades futuras) se agruparon a su alrededor, es probable que los médicos fuesen allí libremente; poco a poco se regularizó esta innovación, y de un cirujano se hizo un oficial. Vamos a probarlo por dos clases de documentos; por los textos y sobre todo por las inscripciones. En todo lo que es el uso y los detalles particulares, la epigrafía suple ventajosamente a la historia.

He aquí los textos. El militar e historiador Velleius Paterculus, desarrollando su tema favorito, que es el elogio de Tiberio, se complace en señalar el cuidado que se tomaba éste por la salud de los soldados durante las guerras de la Germania y de la Panonia en una época en que no era más que general y yerno del emperador. “En medio de todos los cuidados que pesaban sobre él, se hubiera dicho que no le llamaba la atención más que esto. Tenía un carruaje atalajado siempre para los que se cansaban; la litera del príncipe estaba a disposición de todos, y yo me he aprovechado de ella como otros muchos. Médicos, alimentos escogidos, baños, todos los recursos para aliviar a los enfermos estaban siempre dispuestos”<sup>32</sup>. ¿El ejército romano tenía ya un cuerpo de oficiales de Sanidad, y su material médico correspondiente? Disminuye la exactitud de este dato la generalidad un poco vaga de las expresiones y además el carácter y la importancia del historiador. Paterculus era en esta expedición legado (*legatus*), lo que equivaldría a teniente general, y declara que ninguno de los “que tenían grado superior o inferior a él ha dejado de ser socorrido, en caso de accidente, gracias a la vigilancia paternal de Tiberio”. ¿Estos médicos, esta litera y estos socorros estaban reservados solamente para los oficiales? Es muy probable; y entonces no tendríamos médicos legionarios, sino el séquito médico del comandante en jefe.

Tácito, en el capítulo LXV del libro primero de los *Anales*, dice que en una derrota los romanos perdieron con el convoy su material médico (*fomenta satitiis*); no habla nada de médicos. En el capítulo LXXI representa a Germanicus visitando a los heridos; el mismo silencio respecto a los médicos. Igual incertidumbre existe en el pasaje de Plinio el joven, en que alaba a Trajano por su interés hacia los soldados heridos o enfermos (capítulo XIII).

Celso (siglo I d.C.) recomienda a los médicos como una ocasión para instruirse en anatomía, ciertas heridas profundas “que reciben algunas veces los gladiadores en la arena y los soldados en el campo de batalla”<sup>33</sup>. ¿Se encontraban pues en el campo de batalla los médicos?

Galeno, que acompañó a Marco Aurelio y L. Verus en la Germania, echa en cara a los médicos empleados en las guerras que tuvieron lugar desde 167 a 175 “no haber diseccionado los cuerpos de los bárbaros, y haber vuelto sin saber sobre esta materia más que los cocineros”<sup>34</sup>. Aquí hay un grado más en la conjetura.

Una orden del emperador Antonino *el Piadoso* exceptúa “al médico de la segunda legión” de toda carga civil, durante el tiempo que sirva al Estado<sup>35</sup> (138 d.C.). Llegamos ya a la certidumbre.

El jurisconsulto Herennius Modestinus, que fue cónsul en 228 d.C., menciona entre los ciudadanos que gozaban de inmunidades “a los médicos militares”,

*medici militum*. Los asimila a los soldados y a los oficiales, que el servicio obligaba a salir de Roma y a los cuales esta ausencia no debía causar perjuicio<sup>36</sup>.

El biógrafo de Aureliano, Vopiscus, nos dice que este príncipe prohibió a los médicos exigir a los soldados salario alguno<sup>37</sup>. Hacia el año 270 d.C., ¿eran pagados por el tesoro los médicos de los ejércitos?

Renato F. Vegecio, un siglo después, enumera entre los deberes del prefecto del campo la vigilancia de los médicos y de los enfermos<sup>38</sup>.

¿Qué prueban estos textos? ¿Que había en los campamentos romanos médicos “llamados médicos de las legiones”. Pero ¿cuál era su posición? Esto es lo que no explican.

Recurramos, pues, a la epigrafía. Ved aquí, en primer lugar, las inscripciones que confirman lo que los textos dan a entender; el carácter oficial del título de médico legionario. Tres inscripciones sepulcrales, recogidas por Gruter y Orelli, contienen los nombres de tres médicos de legión. Estas son: L. Caelius Arrianus “médico de la II legión italiana” muerto a los cuarenta y nueve años y siete meses; T. Claudius Hymnus, “médico de la XXI legión”; M. Besius Tertulus, “médico de la XI legión”<sup>39</sup>. En las inscripciones romanas de Argel, recogidas por M. León Rénier, he encontrado tres monumentos funerarios elevados a la memoria de tres médicos de la misma legión: M. Claudianus, T. Flavius Italus y T. Flavius Onesiphorus, calificados con el título de *médico de la 3ª legión Augusta Pia Vindex*<sup>40</sup>. Esta legión parece haber permanecido en Lambese, en tiempo de Marco Aurelio, porque muchas inscripciones que le pertenecen llevan esta fecha.

Es de notar que en ninguna parte se encuentra el título de “médico de cohorte” cuando las cohortes dependen de una legión; siempre es entonces el de “médico legionario”. Lo cual no quiere decir que no hubiera más que un médico por legión, sino que todos los médicos destinados a los diversos cuerpos de la legión tenían la misma calificación. Había una ambulancia por legión (6.000 hombres) como hoy hay una por división. Si por el contrario, la cohorte tenía una existencia separada e independiente, como las cohortes pretorianas, las de veteranos, las aliadas, el médico se llamaba “médico de cohorte” *medicus cohortis*. Este título puede compararse al de “médico de regimiento”, y el establecimiento médico de la cohorte equivalía a lo que entre nosotros se llama “enfermería regimentera”. Siete inscripciones, de las cuales seis han sido encontradas en Roma, designan a los médicos de cohorte. Cinco pertenecen a la guardia pretoriana; una a la 2ª cohorte de los guardas nocturnos (*cohors vigilum*), especie de guardia civil; la séptima, encontrada en el fuerte romano de Housesteads, pertenece a la 1ª cohorte de los Tongrianos\*. Los cinco médicos de la guardia son: Sextus Titius Alexander, “médico de la 5ª cohorte pretoriana” en el año 83 bajo Domiciano; Sextus Titius, de la cohorte 6ª; T. Claudius Julianus, “médico

\* Esta cohorte, que se distinguió en la batalla del monte Grampiano, en tiempo de Agrícola (cap. XXXVII) se quedó como guarnición en Housesteads (condado de Northumberland situado al norte de Inglaterra, justo en la linde con Escocia), uno de los puestos principales de la gran muralla de defensa elevada por Adriano, y parece haber permanecido allí hasta el fin del Imperio. Véase sobre estos aspectos el artículo de Simpson (nota bibliográfica nº 3).

clínico” de la 4ª; Titius Rufinus, de una cohorte desconocida, bajo el reinado de Commodo; T. Vibius Rufus, de la 5ª. El médico de la segunda cohorte de guardas nocturnos, en tiempo de Marco Aurelio, es M. Julius Ingenuus, quien agrega a su nombre “médico privilegiado” *medicus beneficiarius*: lo que implica la idea, si no de un grado, al menos de una distinción. En fin, el médico de la cohorte Tongriana, Anicius Ingenuus, se titula *medicus ordinarius*. Se llamaba *ordinarius*, dice Vegecio, al primer tribuno de una legión y el primer centurión de una cohorte. En el campo de batalla se ponen a la cabeza de la compañía (*ordines ducere*)<sup>41</sup>. Esto es próximamente lo que nosotros llamamos “comandante”. Por analogía, *medicus cohortis ordinarias* debía significar “jefe médico de la cohorte”; en Francia cirujano mayor de un regimiento. En cuanto al epíteto *clínicus*, mencionado anteriormente, parece indicar que en los campamentos había cirujanos y médicos puros a la vez.

El servicio médico no faltaba a la infantería y a la caballería. Una inscripción habla de un tal M. Vulpius Sporus, “médico de los auxiliares indios y de la tercera compañía de Astures a caballo”. De esta caballería ligera formada por indios e hispánicos hace mención el Almanaque del Imperio, *Notitia imperii*, por haber residido en Cumberland y Northumberland<sup>42</sup>. También había médicos de marina. Se lee en una inscripción descubierta en Baies, cerca de la estación naval del cabo Misena, el nombre de M. Satrius Longinus “médico de doble paga” *medicus duplicarius*, del navío de tres puentes *Cupido*. Otra, encontrada en Nápoles, ha conservado el nombre de Sextus Arrius Romanus “médico de doble paga” de la flota de Egipto<sup>43</sup>. Nada más frecuente en epigrafía que encontrarse con el epíteto “doble sueldo”. La doble paga permitía recompensar a los soldados y a los oficiales a quienes no podía dárseles un ascenso. Esto corresponde a la alta paga de los ejércitos modernos, y de cierta manera a la medalla militar (pensionada). Había soldados para quienes el sueldo era triple y hasta cuádruple. He visto en una inscripción de Lambese hasta 110 soldados de doble sueldo pertenecientes a una misma legión. Este favor tenía su premio, porque daba a simples legionarios el sueldo de oficial. En efecto, el sueldo de centurión era doble del de legionario; el de tribuno doble del de centurión. Para completar la enumeración, añadamos que había también médicos veterinarios en los ejércitos. Una inscripción de Orelli (t. II, 4229) menciona un *medicus jumentarius*.

De lo que precede, resulta: la certeza de la institución del servicio médico en los ejércitos de mar y tierra. Y que muy probablemente podrían establecerse diferencias en el mérito, la edad, y puede que hasta el grado, entre los médicos afectos a este servicio.

Una prueba más. Se sabe cuán sabia y complicada era la organización de las legiones. Una legión, dice Vegecio, es una pequeña nación sobre las armas, *armata civitas*. Su efectivo reglamentario era de 6.100 infantes y 726 caballos. Pero no es esto todo, detrás de estos 7.000 hombres, que son los que figuran solamente en la historia, es necesario contar un pueblo de empleados y obreros retribuidos por el fisco, y ocupados constantemente en alimentar, equipar, alojar y hasta enterrar a este puñado de soldados. Cada especialidad formaba una

compañía. Las inscripciones citan en mil parajes los *frumentarii* y los *pecuarii*, encargados de la manutención y del parque de ganados; los *librarii*, tenedores de libros, y los *leaticarii* o enterradores. Estas corporaciones tenían sus jefes, sus reglamentos, sus privilegios; todos los miembros eran solidarios; no se admitía a nadie en ellas sino por medio de exámenes; cada una tenía una oficina o centro, *schola*, lugar de reunión donde se trataban los asuntos comunes.



Figura 2. Escena pintada en el fondo de un kílix de figuras rojas (c. 500 a.C.), que representa a Aquiles vendando el brazo izquierdo de su compañero de armas Patroclo, herido por una flecha. Aunque invencible en el campo de batalla, Aquiles, a juzgar por la expresión del paciente y su inhabilidad para hacer coincidir los dos extremos de la venda, no parece revelarse como un diestro cirujano.

Todas obedecían al a “prefecto de los obreros” *praefectus fabrum*, quien tenía a su vez por superior al intendente general o prefecto del campo. Véase en qué reunión de administrados vivían los médicos militares; ellos formaban una de estas corporaciones; vivían reunidos; tenían sus reglamentos, sus exámenes de admisión, su espíritu de cuerpo, sus privilegios e inmunidades.

¿En qué consistían estas inmunidades? ¿Cuál era el sueldo asignado por el fisco a los médicos? Yo no podré decir si este sueldo era muy elevado; pero lo que es seguro es que recibían uno por el mismo concepto que los numerosos empleados militares mencionados anteriormente. Dos de las inscripciones referidas lo atestiguan; pero la mayor prueba es que les estaba prohibido, según hemos visto, hacerse pagar por los soldados. Ahora bien, como los médicos eran al mismo tiempo farmacéuticos, tenían derecho a una remuneración y también a una indemnización: ¿sería demasiado un sueldo público en vez de esta doble recompensa?

Notemos también que bajo el Imperio había una tendencia general a transformar las profesiones privadas en empleos asalariados u oficios. El Estado centraliza y administra; este es el espíritu del tiempo. Véase la enseñanza: antes de Vespasiano no había en todo el Imperio sino escuelas privadas y libres; desde este reinado hasta el de Teodosio *el Joven*, todas han cedido el puesto a escuelas subvencionadas por el tesoro imperial o por las ciudades, y los profesores se constituyeron en colegios o facultades, donde se entraba por medio de exámenes y de agregación, salvo la conformidad de los decuriones municipales y la aprobación del Emperador. Quintiliano tenía 100.000 sestercios de sueldo, y obtuvo su retiro después de los veinte años. Los profesores de Luciano recibían al año 10.000 dracmas y aún se quejaban. También vemos en tiempo de Constantino y después de él, que los médicos de ciertas ciudades, sin duda los que se consagraban a la enseñanza de su arte, recibían sueldos del Estado como los profesores de bellas letras<sup>44</sup>. Puesto que el progreso de la unión administrativa tendía a instituir funcionarios aun entre los médicos del orden civil, ¿cómo los médicos de las legiones habían de haber quedado fuera de este movimiento organizador? Al contrario, por ellos es por quienes debió empezar, porque ese movimiento pasó de las legiones a la sociedad.

Existía en la antigüedad una clase de favores muy buscados, y que para los empleados constituía un suplemento de honorarios: eran estos las inmunidades o exenciones de impuestos y cargas públicas. Se sorprende uno al ver en el *Digesto* y los diversos códigos imperiales, de cuántas cargas, servicios, censos, derramas podía un solo hombre ser exceptuado, y por consecuencia, qué carga llevaban aquellos a quienes el fisco no se la aligeraba.

Véase en qué consistían estas inmunidades: la exención de impuestos concedida por Augusto; la dispensa de todo honor costoso y de todo servicio que trajera consigo una pérdida considerable de tiempo, como el sostenimiento de los gimnasios, los sacerdocios onerosos, las embajadas gratuitas, las funciones judiciales, cargos concejiles, intendencia de viveres, tutelas y curadurías, alojamiento de gente de guerra u otros agentes de la autoridad<sup>45</sup>. Teodorico y Honorio hicieron extensivos estos privilegios a las mujeres y a los hijos de los médicos. La edad media, tan ingeniosa en exprimir al pobre pueblo, no hacía otra cosa

que un plagio. Digamos en honor de los médicos, tanto civiles como militares, que ellos se contaban en el número de los privilegiados. Eran tratados de la misma manera que los profesores de bellas letras. Había sin embargo una diferencia: el número de profesores y de médicos que en cada población tenían derecho a la inmunidad era limitado, mientras que esta restricción no existía para los médicos de las legiones. En tiempo de Adriano y Antonino fue cuando se estableció la restricción que limitó el número de médicos privilegiados en el orden civil. Este número era de diez en las metrópolis, siete en las ciudades que tenían un tribunal, y cinco en las demás<sup>46</sup>. Otro derecho, del que participan como los demás funcionarios en viaje o comisión, consistía en reclamar del tesoro una indemnización, cuando el servicio público había perjudicado a sus intereses privados. Esto es lo que se llamaba derecho de restitución.

En cuanto a las distinciones honoríficas que, en todas partes, no han sido menos deseadas que los más provechosos favores, nada indica que se hayan prodigado a los médicos militares. El militar e historiador Ammiano Marcelino hace mención, y Kühn da gran importancia a un grado de centurión o de capitán conferido a un antiguo médico de guardias de *corps*, llamado Doras; yo veo también en Constantinopla a los "médicos del Palacio Sagrado" o *Archiatri* llegar a ser condes de primero o segundo grado después de algunos años de servicio, y ocupar su puesto como tales al lado de los *ex-vicarii* o gobernadores honorarios de diócesis; pero estos son hechos aislados y sin consecuencia. No puede deducirse nada de aquí, con relación a la situación jerárquica del cuerpo médico; como tampoco puede inferirse del decreto de Teodosio *el Joven*, que nombraba condes a los profesores de su liceo imperial, el que los maestros de filosofía, de retórica y de gramática se hayan contado en todo tiempo entre los ciudadanos más elevados del Imperio romano<sup>47</sup>.

#### 4.1. De los ayudantes médicos en las legiones romanas

Los antiguos, que conocieron bien pronto la necesidad de médicos militares, tuvieron tarde la idea de reunir en un mismo lugar y de asistir en común a los soldados imposibilitados por enfermedades. La razón de ello es que si bien sus ejércitos tenían heridos, se veían sin embargo poquísimos enfermos. Esos pequeños ejércitos, tan inferiores a los nuestros, les eran superiores en un punto: hablo del vigor y calidad física de las tropas. Compuestos de hombres sobrios, como en general son los meridionales, de hombres endurecidos por los trabajos y acostumbrados a las fatigas, resistían a las penalidades y se conservaban bajo todas latitudes. Los romanos, que durante mil doscientos años hicieron la guerra en todas partes, no perdieron nunca mucha gente por el frío o calor excesivos. Yo no recuerdo que los historiadores nos hablen de legiones diezmas por una epidemia. En el sexto volumen de su *Historia del Consulado y del Imperio*, Thiers cita, como una excepción, el hecho del cuerpo de Marmont, que habiendo salido del campamento de Boloña en 1805, y atravesado en un mes la Francia y parte de Alemania, llegó a Würzburg sin haber dejado en el camino más que nueve hombres de 15.000<sup>48</sup>. El hecho es digno de notarse, y el histo-

riador lo admira con razón. Este ejército de 1805, endurecido por diez campañas, era comparable, por el nervio y la solidez, a las tropas más robustas de la antigüedad, y no hay ya hoy en Europa sino algunos antiguos regimientos de África que se les parezcan en vigor. En los antiguos, y particularmente entre los romanos, el éxito de semejante marcha no habría tenido nada de excepcional. Y era preciso que fuese así, porque cuando enviaban dos legiones, o sea, 10-12.000 hombres, para ocupar una vasta extensión de las costas de África, o Asia Menor entera, o Grecia, o Macedonia o Hispania; si estas tropas hubiesen sido flojas o débiles, como las europeas de hoy, si hubieran tenido la costumbre de sembrar los caminos de rezagados y despeados, ¿cuántos hombres hubieran llegado a su destino?

Esto explica porqué los escritores militares han hablado tan poco de enfermerías o de hospitales militares. Los griegos no los conocieron, los romanos los inventaron tarde y se sirvieron poco de ellos. Tácito dice que Julio César Germánico, visitando los heridos recorría las tiendas, prueba evidente de que no estaban reunidos. Plinio refiere lo mismo de Trajano. Polibio, que ha descrito con tanta minuciosidad la disposición del campamento romano, y que no deja un metro cuadrado de terreno sin justificar su empleo, no indica ningún sitio destinado al servicio médico<sup>49</sup>. Los que habían sido heridos ligeramente, los heridos leves como se los llama, seguían al ejército en litera o en carros, los otros se confiaban a los aliados y se repartían entre los particulares. El emperador Adriano se imponía el deber de inspeccionar los “cantones” de los heridos. Alejandro Severo reembolsaba a los particulares los gastos hechos para los enfermos<sup>50</sup>. En los *Comentarios* de César vemos un principio de concentración y algo que se parece a una enfermería divisionaria. Los heridos eran numerosos, porque el ejército se aproximaba a diez legiones, efectivo enorme para aquellos tiempos. César las había reunido en un campo fortificado en *Aduatuca*, hoy Tongeren (ciudad flamenca). A medida que se restablecían, se los enviaba a sus cuerpos respectivos en número de doscientos o trescientos, bajo una bandera o *vexillum*<sup>51</sup>.

El primero y único autor que ha hablado en términos precisos de un hospital militar es Higino, llamado el Agrimensor, liberto de Trajano. Los romanos, al trazar su campo, dejaban un espacio libre de doscientos pies entre las últimas tiendas y las cuatro caras de la trinchera. En tiempo de Polibio se reunía allí el botín y se encerraba el ganado. Aquí es donde Higino coloca la enfermería u hospital, *valetudinarium*. Se establecía en él también un taller, *fabrica*; pero “a una distancia conveniente para no incomodar a los enfermos”; se habilitaba también un lugar donde se curaban los caballos, un *valetudinarium*<sup>52</sup>. Así es que al fin del primer siglo o principios del segundo había un hospital en los campamentos romanos. El silencio de Vegecio, la mención que hace de los heridos “asistidos en tiendas”, los textos referidos anteriormente de Lampridio y Sparciano no bastan para destruir el testimonio de Higino: los usos antiguos han podido subsistir al lado de la nueva institución. ¿No tenemos nosotros también en los ejércitos en campaña muchas clases de establecimientos de Sanidad, que corresponden a diversos modos de tratamiento? A medida que las

legiones se llenaron de hombres sin vigor y sin disciplina, en la época en que la infantería pesada había desaparecido, porque las corazas y los cascos eran intolerables para los soldados, es evidente que los hospitales y las enfermerías, con nuestro tren moderno, llegaron a ser una necesidad. Según todas las probabilidades, se les estableció con preferencia en los campamentos fijos en que las legiones dejaban sus depósitos en tiempo de guerra: aquí era donde cada cuerpo instruía sus reclutas y recogía sus impedidos. En esta época el estado sanitario de las tropas preocupaba a los generales mucho más que en tiempos anteriores. El capítulo de Vegetio “Cómo se arregla la salud de un ejército” es una exposición de precauciones higiénicas que pueden compararse con las prescripciones de Baudens.

Las tribus legionarias, bajo la presidencia de los prefectos del campo, formaban el consejo de Sanidad. Vigilaban el servicio del *valetudinarium* y lo inspeccionaban con frecuencia<sup>53</sup>. Este servicio estaba confiado a ayudantes médicos, llamados *optiones valetudinarii*. La palabra *optio* significa en general “suplente” o “teniente.” Los centuriones y los tribunos tenían sus tenientes y hasta sus subtenientes, suboptiones. Los *optiones valetudinarii* eran pues médicos suplentes, ayudantes médicos<sup>54</sup>. La ordenanza del jurisconsulto Tarrunteno Paterno, en que están citados, hace también mención de “enfermeros” bajo esta denominación: *et qui agris presto sunt*. León VI el Filósofo, Emperador de Bizancio entre 886 y 912, describió las funciones de los ayudantes médicos y de los enfermeros en el campo de batalla. Los detalles que da se aplican, es verdad, a los ejércitos del Bajo Imperio; pero como ha copiado el Tratado militar en doce libros del emperador Mauricio, que es de fines del siglo VI, se puede creer que los usos que refiere están tomados, en todo o en parte, de los ejércitos romanos”. Antes se llamaba “delegados” (*deputati*) a los que hoy llamamos “mensajeros” (*scribones*). Sus funciones eran seguir al ejército en las batallas para recoger y curar los heridos. “El general colocará ocho o diez por legión detrás de cada línea. Los elegirá activos y expertos. Se situarán sin armas a cien pasos a retaguardia, a fin de que los soldados heridos en la refriega, los de caballería desmontados e imposibilitados de continuar combatiendo sean retirados por ellos, y que no se vea a los valientes pisoteados por la segunda fila, y sucumbir a consecuencia de sus heridas por falta de socorro. Por cada soldado que se salve, el “delegado” recibirá de nuestro tesoro imperial una moneda de plata. Para cumplir mejor con sus deberes se les proveerá de dos escalas atadas a derecha e izquierda de su caballo: de esta manera podrán hacer montar dos heridos a la vez. Tendrán también cuidado de llevar agua en otra caballería para reanimar a los heridos que hayan perdido el conocimiento”<sup>55</sup>. En el siglo X, Constantino VII Porfirogénito, emperador de Bizancio y autor de un tratado sobre la táctica, se expresa en los mismos términos. Yo cedo voluntariamente a los griegos del Bajo Imperio las dos escalas, pero ¿no será permitido suponer que aun en los ejércitos romanos, bajo los emperadores de Occidente, existía un cuerpo especial de empleados militares, ayudantes médicos o enfermeros, encargados del mismo servicio que los “delegados o mensajeros” del que habla León el Filósofo?

\* \* \*

Hasta aquí llegan nuestras investigaciones y conjeturas. Sin duda, los resultados obtenidos contienen bastantes puntos discutibles; pero nos parece que si la vaguedad e incertidumbre que queda aún, oscurecen ciertas particularidades, hemos puesto, sin embargo, en plena evidencia las bases de la organización médica de los ejércitos. Por otra parte, no pretendemos haber terminado la cuestión ni haberla agotado. Los textos, estudiados hace tanto tiempo, darán pocas noticias nuevas; esta es una mina que ha dado ya casi todo lo que contenía; pero hay otra abierta más recientemente, la epigrafía. Por esta parte pueden surgir nuevas indicaciones, nombres desconocidos, investidos de títulos ignorados o mal apreciados; es este un suplemento de investigación indefinida, un comentario que no ha pronunciado aún su última palabra; y la casualidad, solicitada por infatigables exploradores, no ha llegado aún al término de sus munificencias. Esperando el acrecentamiento posible de noticias, nuestro trabajo habrá consistido en recoger y desarrollar lo que hasta aquí se ha descubierto sobre una cuestión que interesa a la vez a la crítica literaria e histórica y a la ciencia médica.

## Bibliografía

- <sup>1</sup> Baudens M. *Une mission médicale à l'Armée d'Orient*. Revue des Deux Mondes. 1857 feb 15; 37:876-908.
- <sup>2</sup> Voltaire. *Dictionnaire Philosophique*. Vol. IX. Paris: Ménard et Désenne; 1827, p. 545-547.
- <sup>3</sup> Simpson JY. *Was the Roman army provided by any medical officers?* Edinburgh: Sutherland and Knox; 1856.
- <sup>4</sup> Kühn KG. *De medecinae militaris apud veteres Graecos Romanosque conditione*. Lipsia: Litteris Staritzii; 1824-27.
- <sup>5</sup> Heródoto de Halicarnaso. *Historia*. L. II, cap. 84. Disponible en: [http://es.wikisource.org/wiki/Los\\_nueve\\_libros\\_de\\_la\\_Historia](http://es.wikisource.org/wiki/Los_nueve_libros_de_la_Historia). Diodoro de Sicilia. *Diodorus Bibliotheca Historica*. Ludovicus Dindorfius (ed.). Stutgardiae: In aedibus B. G. Teubneri; 1866, L. I, cap. 84. Disponible en: <http://www.archive.org/stream/diodoribiblioth01diodgoog>.
- <sup>6</sup> Diodoro de Sicilia. *O.C.* L. I, cap. 82.
- <sup>7</sup> Baudens M. *O.C.*
- <sup>8</sup> Ménière P. *Etudes médicales sur les poètes latin*. Paris: Germer Baillire; 1858. p. 254.
- <sup>9</sup> Histoire de la Médecine. En: *Encyclopédie du dix-neuvième siècle. Répertoire universel des sciences, des lettres et des arts, avec la biographie de tous les hommes célèbres*. Vol. XV. Paris: Au Bureau de l'Encyclopédie du XIX siècle; 1858-1927.
- <sup>10</sup> Esquilo. *Agamenón*. Versos 335 y 539.
- <sup>11</sup> Homero. *Iliada* XI, 510.
- <sup>12</sup> Jenofonte. *Politeia Lakedaimoniu*, cap. XIII. Jenofonte. *Ciropedia*, Libro. III, cap. II, párrafo 12.
- <sup>13</sup> Ménière P. *O.C.* p. 59.
- <sup>14</sup> Jenofonte. *Anábasis*. L. III, cap. 4, párrafo 30.
- <sup>15</sup> Jenofonte. *Anábasis*. L. I, cap. 8 y L. IV, cap. 8.
- <sup>16</sup> *Journal des Débats*. 1860 Agosto 15 (citado del original en Gazette des Hôpitaux).
- <sup>17</sup> Véase: *Tratados hipocráticos*. Madrid: Editorial Gredos, SA; y Malgaigne. *Encyclopédie du dix-neuvième siècle*. *O.C.* Vol. XV.

- <sup>18</sup> Jenofonte. *Ciropedia*. L. I, cap. 6., párrafo 15.
- <sup>19</sup> Hipócrates. *El médico*. En: *Tratados hipocráticos* (Vol. 1). O.C.
- <sup>20</sup> Heródoto de Halicarnaso. O.C. L. III, cap. 131.
- <sup>21</sup> Jenofonte. *Helénicas*. L. V, cap. 4, párrafo 58.
- <sup>22</sup> Curcio G. *Historia de Alejandro Magno*. Madrid: Gredos; 1986. L. IX, cap. 5 y 6.
- <sup>23</sup> Jenofonte. *Anábasis*. L. III, cap. 4, párrafo 30.
- <sup>24</sup> Jenofonte. *Ciropedia*. L. I, cap. 6, párrafo 15. Hay aquí una notable conversación de Ciro con su padre, de la cual hemos extraído palabra por palabra los rasgos más notables. Véase también L. V, cap. 4, párrafo 17.
- <sup>25</sup> Livio T. *Ad urbe condita libri*. Madrid: Editorial Gredos, SA. L. II, cap. 4. Esta costumbre está confirmada por Tácito, véase: Tácito C. *Anales*. Madrid: Alianza Editorial; 1993, L. V, cap. 63.
- <sup>26</sup> Baudens, M. O.C.
- <sup>27</sup> Menière P. O.C. p. 38 y 69; y Dézobry Ch. *Rome au siècle d'Auguste*. Paris: Dézobry, E. Magdeleine et Cie.; 1846. Vol. III. Carta 93.
- <sup>28</sup> César, Cayo Julio. De bello africo. L. I, cap. 21. Disponible en: [www.thelatinlibrary.com/caesar/bellafr.shtml#26](http://www.thelatinlibrary.com/caesar/bellafr.shtml#26)
- <sup>29</sup> César, Cayo Julio. O.C. L. I, cap. 21. Disponible en: [www.thelatinlibrary.com/caesar/bellafr.shtml#21](http://www.thelatinlibrary.com/caesar/bellafr.shtml#21)
- <sup>30</sup> Plinio el Viejo. *Historia Naturalis*. L. XXIX, cap. V, párrafo 10. Disponible en: [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/L/Roman/Texts/Pliny\\_the\\_Elder/29\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/L/Roman/Texts/Pliny_the_Elder/29*.html); M. Dézobry. O.C.; y Ménière P. O.C. p. 402.
- <sup>31</sup> Suetonio, Cayo Tranquilo. *Caius Julius Caesar*. L. I., Cap. 42; *Octavius Augustus*. Cap. 42. En: *De vita duodecim caesarum. Lugdunum: apud Iacobum Chovët*; 1596. Disponible en: <http://books.google.es/books?id=dME6AAAACAAJ&pg=PT561&dq=De+vita+duodecim+caesarum>
- <sup>32</sup> Paterculus, Velleius. *Historiae romanae*. L. II, cap. 114. Disponible en: [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/L/Roman/Texts/Velleius\\_Paterculus/2D\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/L/Roman/Texts/Velleius_Paterculus/2D*.html)
- <sup>33</sup> Celso, Aulo Cornelio. *De medicina. Proemium*. L. I., p. 25. Disponible en: [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Celsus/Proemium\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Celsus/Proemium*.html)
- <sup>34</sup> Galeno, Claudio. *De compositione medicamentorum per genera. Venetum: Gulielmum Rouillium*; 1552. L. III, cap. 2.
- <sup>35</sup> *Novellae constitutiones post codicem*, en: *Corpus Iuris Civilis*. L. V, til. 5S, párrafo 1.
- <sup>36</sup> *Digestorum, seu Pandectarum libri quinquaginta Lugdunum: apud Gulielmu[m] Rouillium*; 1581, L. IV, Vol. 6, párrafos 33 y 32. (El "Digesto" o "Pandectas" es una obra de recopilación de las sentencias de los jurisconsultos clásicos romanos publicada en el año 533 d.C. por encargo directo del emperador bizantino Justiniano).
- <sup>37</sup> Vopiscus, Flavius. *Vita Divi Aureliani*. Cap. 7. Disponible en: [http://www.intratext.com/IXT/LAT0229/\\_P3J.HTM](http://www.intratext.com/IXT/LAT0229/_P3J.HTM)
- <sup>38</sup> Vegecio, Renato F. *De re militari*. L. II, cap. X. Disponible en: <http://www.thelatinlibrary.com/vegetius2.html>; y Vegecio, Renato O.C. L. III, cap. II. Disponible en: <http://www.thelatinlibrary.com/vegetius3.html>
- <sup>39</sup> Gruter J. *Inscriptiones antiquae totius orbis romani in absolutissimum in corpus absolutissimum redactae cum indicibus XXI, ingenio et cura Iani Gruiteri, auspiciis Ios. Scaligeri ac M. Velseri*. Heidelberg: ex off. Comeliniana; 1602-3, pág. 633, folio 5, t 1: *L. Caelio Arriano, medico legionis II Italicae*. No citaremos más que ésta; en las otras la denominación es la misma. Henzen G, Orelli JC. *Inscriptionum latinarum amplissima collectio Zurich*; 1828-1856. Vol. I, núm. 448 y Vol. II., núm. 4.996.
- <sup>40</sup> Rénier L. *Instructions pour la Recherche des Antiquités en Algérie*. Paris; Hachette; 1859. Núm. 506, 637 y 611.
- <sup>41</sup> Vegecio, Renato F. O.C. L. II, cap. 7.
- <sup>42</sup> Muratori LA. *Novus thesaurus veterum inscriptionum, in praepucis earumdem collectionibus hactenus praetermissarum*. Mediolani; 1739-42. p. 1016-5. Simpson JY. O.C.

- <sup>43</sup> Mommsen T. *Inscriptiones Regni Neapolitani latinae*. Lipsia; 1852. Muratori LA. O.C. Vol. II, pág. 884,7.
- <sup>44</sup> Véase para toda esta parte: *Le Beau Ch. Mémoires de l'Institut national de France. Academie des inscriptions et belles-lettres*. Paris: Imprimerie nationale; 1815-1975 Vol. XXXVM-XL. Naudet J. *Mémoires de l'instruction publique chez les anciens et, particulièrement, les romains*. En: *Mémoires de l'Académie des inscriptions*. O.C. (serie nouvelle) Vol. IX. Paris: Imprimerie Nationale; 1827. *Novellae constitutiones post codicem* O.C. L. X. tit. 53, párrafo 5, G, 9,10 y 11. Aliq., *alliae Constitutiones Justiniani*, núm. XXII.
- <sup>45</sup> Véanse las decisiones de Herennius y Modestinus, y los decretos de Vespasiano, Adriano, Commodo, Diocleciano, Maximiano, Constantino y Juliano.
- <sup>46</sup> *Digesto* (véase nota nº 36). L. XXVII, t.1, párrafo 6. *Digesto*. L. I, t. IV, párrafo 18 y t. V, párrafo 6. *Novellae constitutiones post codicem* O.C. L. X, t. LII, párrafo 11. *Digesto*. L. IV, t. VI, párrafo 33.
- <sup>47</sup> Marcelino, Ammiano. *Res gestae libri XXXI*. L. XVI, cap. 6. Disponible en: <http://www.thelatinlibrary.com/ammianus/16.shtml#6>; *Novellae constitutiones post codicem* O.C., L. XII, títulos XIII y XV; *Novellae constitutiones post codicem* O.C. L. VI t. XXI; *Novellae constitutiones post codicem* O.C. L. XIV, t. IX, párrafo 3.
- <sup>48</sup> Thiers MA. *Historia del Consulado y del Imperio*. Tomo VI. Madrid: Imprenta del establecimiento de Mellado; 1847.
- <sup>49</sup> Tácito, Cornelio C. *Annalium ab excessu divi Augusti libri*. O.C. 1, 71. Plinio el Joven. Panegírico del emperador Trajano. En: *Epistolario* (libros I-X). Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.; 2007. Polibio. Libros V-XV. 1ª ed. En: Polibio. *Historias*. Madrid: Gredos; 1997. L VI, 31.
- <sup>50</sup> Sparciano, Elio. *Vita Adriani*. Cap X: Aegros milites in hospitiiis suis videret. Disponible en: [http://www.intratext.com/IXT/LAT0229/\\_P4.HTM](http://www.intratext.com/IXT/LAT0229/_P4.HTM). Lampridio, Elio. *Vita Alexandri Severi*. Cap. 47.
- <sup>51</sup> César, Cayo Julio. *Comentariorum de bello gallico*. L. VI, cap. 36. Disponible en: <http://www.thelatinlibrary.com/caesar/gall6.shtml#36>.
- <sup>52</sup> Higinio. *De castrametatione Liber*. Göttingen: Lange; 1848.
- <sup>53</sup> *Digesto* (véase nota nº 36). L. XLIX. t. XVI, párrafo 12. Vegecio, Renato F. O.C. L. II, cap. 10.
- <sup>54</sup> El jurisconsulto Tarrunteno Paterno (*Corpus Iuris Civilis*. O.C. L. I, t. V, párrafo 61, los cita a propósito de inmunidades con relación a los médicos, los empleados de la fábrica (*optio fabricae*), los guarda-tiendas y mantas, o *capearii*. Kühn (O.C. Diss. IV, 8) cita una inscripción (*Renesius Syntagma inscript.* pág. 14) donde trata de un *optio valeludinarii*, que había sido anteriormente ayudante de un tribuno y subtesorero. Nosotros hemos encontrado en una inscripción de Lambiese una enumeración muy semejante a la de la ordenanza de Paterno. Los *optiones valeludinarii* son mencionados con los *capsarii*, *incuaii*, *librarii*, a propósito de la elección de una *schola* en tiempo de Marco Aurelio (descrip. G3).
- <sup>55</sup> Mauricio Tiberio, Flavio. *Strategicon*. Cap. I y IV (párrafo 15); y cap. XII, párrafos 51, 53 y 119.